

La vigencia de Oldemar y los coroneles

María Bonilla

Descubrir un texto de la calidad, alcances y posibilidades de *Oldemar y los coroneles*, de Alberto Cañas, es un placer y un reto para cualquier director escénico. Escrita en 1957, es el primer texto dramático de uno de nuestros compañeros más prolíficos, lo que resulta sorprendente. Sorprendente no sólo por la madurez técnica de la obra, sino por la visión preclara de uno de los males más graves que aquejan a América Latina: el militarismo.

Veamos en forma concreta estas dos afirmaciones: la acción se ubica en un país, posiblemente latinoamericano, en donde, luego de una guerra civil, se ha instaurado una Junta Militar, hace diez años. La ubicación espacio-temporal es, a la vez, suficientemente amplia para la universalidad, pero suficientemente concreta para evitar la ambigüedad. La obra se abre con una conversación hogareña entre el Coronel Manuel Flores, quien preside la Junta, y su esposa Mariana. Se nos dan los antecedentes de un conflicto dramático que se desarrollará a lo largo de la pieza: en este país ha habido una masacre de la cual no se sabe ni quién dio la orden ni quiénes participaron, pero que está grabada en los archivos de la opinión pública, como un hecho sangriento, sin resolver. El Coronel Flores confiesa a Mariana, su participación y la del resto de los coroneles de la Junta, en esta cruel masacre de un pueblo indefenso, porque ha aparecido un sobreviviente de una de las tropas participantes, que sabe que ellos también participaron, y hace cinco meses, lo está chantajeando con dinero, a cambio del silencio público. Este sobreviviente es Oldemar Vindas.

En una hermosísima escena entre Oldemar y Flores, asistimos a la evi-

dencia de la efectividad del chantaje: Flores está amarrado, debe darle a Vindas el dinero que pide, aunque ahora tiene una idea: involucrar a los otros tres coroneles, tal y como sugirió Mariana. El Acto I termina con una nota de suspenso: ¿Podrá Flores deshacerse de Vindas? ¿Logrará Vindas darle vuelta a la idea de Flores y aprovecharse de los coroneles, chantajeándolos a ellos también?

Los tres personajes que llevan la acción en este primer acto, están estructurados con precisión y sobriedad, así como con una aguda profundización psicológica, lo que les da una dimensión universal y social, muy rica en posibilidades. Mariana es una mujer de su casa, esposa de un hombre poderoso y madre de un niño. Es la base firme y sólida sobre la que se levanta la estructura de poder que simboliza el Coronel Flores. Muy satisfecha con este papel, defenderá su posición y la de su marido, sobre vidas y haciendas, con frialdad, elegancia, objetividad y un gran sentido práctico.

El Coronel Flores es el representante del poder político. Es un hombre pétreo, poderoso, claro, preciso, seguro. Ha llegado a esta posición consciente de los actos que ha tenido que hacer, y la va a defender hasta el último momento. Ahora, por primera vez en diez años, algo amenaza su poderío y está acorralado porque no tiene una solución efectiva, hasta que ve una luz, una posibilidad de construir un plan de ataque, cuya táctica y estrategia empieza a elaborar.

Frente a esta sólida estructura de poder, aparece la figura de un pobre diablo, de un hombre común, insignificante y miserable, Oldemar Vindas, que posee un secreto que puede socavar esta estructura de poder, y decide utilizarlo individualmente para

su propio provecho. Vindas es astuto, cuidadoso, ante el Coronel se muestra humilde, cortés y amenazador, estableciéndose entre ambos, lo que ya se había insinuado entre Mariana y Flores: un universo de chantajistas en un corral de pelea, donde Flores, en este acto I, aparece como el ratón y Oldemar es el gato, redondeando una situación dialéctica global, ya que en el universo total de la pieza, Flores y la Junta Militar son los gatos que acorralan a su vez a diversos ratones: el pueblo de Santa Eulalia, por ejemplo, don León Aguilar, quien aparecerá en el acto II y su familia, y el propio Oldemar.

Con este panorama, nos enfrentamos al acto II: la acción se ha trasladado ahora de la casa de Flores a la de don León Aguilar, un viejo líder político liberal retirado, en decadencia, que al decir de Flores y Mariana en el acto I, quiere recuperar poder y escribe todos los días en el diario, que es necesario volver a los gobiernos civiles. Está conversando con su esposa Josefina, que quiere convencerlo de casar a Elenita, hija de ambos, divorciada de su primer marido, con un hombre muy rico y de mucha influencia en el gobierno militar: Oldemar Vindas. Han pasado dos años desde al acto I.

Efectivamente, así como al acto I podríamos llamarlo "El poder de la clase militar se tambalea", este segundo sería "El emparentamiento con la aristocracia", ya que es el compromiso de Elenita, hija de un prócer de la patria, de familia de abolengo, con un hombre muy rico, pero a quien nadie conoce, del que nadie sabe cómo hizo la plata, ni de dónde viene. Esta unión es posible, gracias a la acción política del representante del poder militar, el Coronel Flores, quien una vez más, cumple con una demanda de Oldemar. Es de-

cir, que el chantaje continúa y el acto II se cierra con otra interrogante: ¿Qué pasó con el plan de Flores? ¿Triunfó realmente Oldemar?

Una vez más, la pintura de los personajes es exquisita: empezando con la decadencia del antiguo orden político, siempre con aspiraciones y esperanzas de volverse a instaurar, representado por don León Aguilar, que al lado de la nueva estructura de poder, aparece como caduco, envejecido, "chocho", pero que sin duda, a los ojos de la opinión pública mundial, cumple una función: los gobiernos militares de facto deben ser provisionales y deben dejar lugar a la restauración de los gobiernos civiles y democráticos, principio en el que todos nosotros espectadores, podríamos estar de acuerdo.

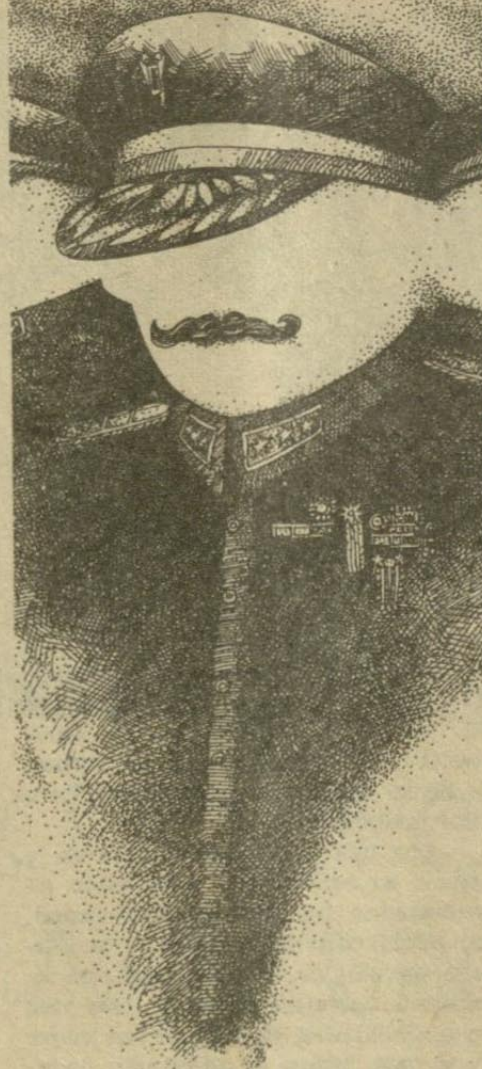
A su lado, aparece Josefina, ama de casa, esposa y madre, como Mariana. Y como Mariana, dispuesta a todo para preservar la supervivencia de su estirpe, que en este caso, se concreta en el casamiento de su vástago desorientado y aristocrático, con el dueño del poder económico, Vindas. Es como Mariana, práctica, objetiva y calculadora. En suma, son las bases en las que puede tejerse una jerarquía sólida y firme, ya que la defenderán aún por encima de sus propios escrúpulos.

Elenita es una satisfecha hija de la decadencia. Divorciada, disfruta al máximo su libertad y su posición de clase, sin preocupaciones. Quiere casarse con Oldemar y confabula con su madre para lograrlo, apoyadas o incitadas por Flores y por Oldemar mismo. No es la base sólida que sí representan Mariana y Josefina, pero cuando llegue el momento, posiblemente lo será.

¿Qué ha pasado en estos dos años, con Vindas y Flores? La situación que se nos presenta es la del ratón que parece haber cazado al gato. Flores aparece como oscurecido en este acto, contenido, a merced de Vindas. A ratos humillado, a ratos desafiante, cumple parcamente las órdenes de un Vindas triunfante, autoritario, dueño del poder económico, aunque en el fondo, tiene el estigma del arribista miserable del acto I. El insignificante aprovechándose y controlando al poderoso: ¿estamos ante una posible inversión de la estructura de poder, basada en una acción individual?

El acto III nos traslada a la oficina del gerente de la Compañía Industrial Financiera de Inversiones Comerciales, Oldemar Vindas, cinco años después del acto II y nos sugiere el nombre "El regreso del orden".

Efectivamente, en este acto III, conocemos el plan de Flores, quien en unión de los otros tres coroneles, han



entregado dinero mensualmente a Vindas, lo han hecho millonario e importante, presidente de empresas comerciales y de beneficencia, lo han emparentado con la aristocracia, todo, de manera consciente y planificada. Ahora que la transformación del miserable en poderoso económicamente (ya que nunca le permitieron, eso sí, el acceso al poder político) ha llegado a su clímax, Flores exige el pago y pone las condiciones: ya no le dará más dinero a Vindas, compartirá con él, el 20 o/o de todas sus acciones y se sepultará el misterio de Santa Eulalia para siempre, ya que ahora, si se supiera, afectaría tanto al millonario que lo perdería todo, como al político. Vindas, que ahora sí tiene algo que perder, es susceptible y accede al chantaje. Pero Flores le pide algo más: ya es el momento de restaurar el "orden democrático", dejar el gobierno provisional y volver a los gobiernos civiles: la clase militar necesita un presidente que "hará úni-

ca y exclusivamente" lo que ellos digan. El candidato ideal es Vindas, y no hay entonces una salida para él.

Este acto III, sostenido por dos fuerzas fundamentales, concluye la obra. El gato ahorca al ratón, se restaura el orden. El país tendrá lo que el viejo liberal y posiblemente, nosotros espectadores querríamos, un gobierno civil. La burla entonces abarca no solamente el ámbito escénico, ni sólo al individuo Vindas, sino a todos nosotros espectadores. ¿Por qué?

Durante dos actos, vimos a un hombre pobre, intentar y lograr aprovecharse de la clase militar que detenta el poder político. Era un hombre que pudo haber transformado la estructura de poder, porque tenía en sus manos, el secreto que podía tambalearla y destruirla. Sin embargo, elige aprovecharla individualmente, en beneficio propio, con lo cual no sólo amarró su destino para toda la vida, sino que amarró los destinos de su país. La restauración del orden se hará controlada y orientada por la clase militar, con una apariencia democrática. El hombre común, insignificante, como todos nosotros espectadores, sigue a merced del poder político de facto, en el que no tiene ninguna posibilidad de participación. Y a este estado, llegó por sus propios pasos, creyendo beneficiarse con ellos.

Concluimos entonces con un conflicto dramático central, llevado por el personaje del Coronel Flores, apoyado por Mariana. Ante ellos, una serie de personajes buscando su provecho individual. Este conflicto o tema de la obra, podríamos concretarlo así: cómo la clase militar se perpetúa en el poder a través de la transformación de un gobierno provisional de facto, en uno permanente con carácter democrático, sin perder su poder político. La premisa de la obra se estructuraría entonces como sigue: las acciones individuales que creen aprovecharse de la clase militar en beneficio propio, a la larga sólo contribuyen a que dicha clase se perpetúe en el poder, puesto que las utiliza para transformar un gobierno provisional de facto, en uno permanente, con carácter democrático. Lo que en buen romance sería: "Ir por lana y salir trasquilado".

Como dijimos al principio, es sorprendente la madurez técnica y la visión del militarismo presentes en "Oldemar y los coroneles", de Alberto Cañas. Como directora escénica, en este montaje del Teatro Universitario, sólo pretendo que mis signos teatrales, mi puesta en escena, sirva a esta visión y a esta premisa, de enorme vigencia, tanto para Costa Rica, como para América Latina, hoy.